

Cuentos Cortos

por Fernando Helguera

Este era un escritor de cuentos cortos. Siempre escribía de temas cortos, como la eyaculación precoz, la justicia divina, la generosidad humana, las puestas de sol, el recorrido a la tienda de la esquina, o sus propios cojones para escribir historias largas...

Un día de esos muy cortos cuando el tiempo alcanza para nada, escuchó por vez primera esa larga canción. Comenzó justo al momento de despertarse y terminó cuando se fue a dormir. Era una canción de procedencia incierta que parecía estar dentro de su cabeza ya que nadie más que él la escuchaba, pero si se tapaba los oídos el volumen bajaba como si la música estuviera fuera (de haber estado dentro, ¿acaso no hubiera subido el volumen al taparse los oídos?). Su vida había sido tan gris desde hacía tantos años que ni siquiera le sorprendió lo que sucedía.

Conforme la música y el día viajaban de la mano, él se iba sintiendo más consciente. La canción relataba hechos que, por largos, le habían pasado desapercibidos; el proceso de envejecimiento, el camino de una nube por el firmamento, la desintoxicación de los adictos, el hambre de los pueblos, el invierno del polo, la ausencia del ser amado... por eso la canción duraba todo el día.

El día sin contratiempos lo tenía tranquilo. Por una vez en la vida había cambiado el enfoque y no prestaba atención a las cosas cortas de la vida, esa fue la razón por la que en un instante su suerte se modificó. Iba caminando por la zona de rascacielos y se recargó al pié de una pared tan alta que a una mosca le tomaría toda la vida caminarla (claro, a una mosca de cortos vuelos como nuestro escritor).

Hasta arriba, en una terraza ajardinada abierta al infinito, se desarrollaba una escena de sexo ilícito. El vocalista de un mediocre grupo de son jarocho metía lentamente la lengua en la boca de la extasiada embajadora de la República Checa que, a propósito, tenía un cuerpo estupendo y una falda muy corta. Al mismo tiempo la mano fuerte y grande de él recorría suavemente el vientre de ella, bajando hasta el pubis y haciendo contacto con su vagina empapada. Para este momento la embajadora gozaba como nunca; él la penetró profundamente y ella volteó la cabeza en un impulso, desprendiendo su arete de perla de la oreja derecha. Este cayó al vacío. Primero golpeó un par de veces en los vidrios y se alejó de la fachada mientras aceleraba su caída. Golpeó fuertemente a un pájaro que, espantado, huyó para ir a meterse accidentalmente en uno de los respiraderos del edificio. La perla regresó con esto hacia la superficie de vidrio interminable. Seguía su aceleración. Tocó un vidrio que estaba sentido y que, agrietándose, soltó tres astillas que comenzaron su caída ligeramente detrás del arete y acomodándose de punta, amenazando todo lo que cruzara su camino.

La primera se enterró en la mano de un hombre que limpiaba vidrios sobre un andamio a 60 m de altura, y dejó una cicatriz que nunca dejaría de dolerle en épocas de frío, sin embargo no pasó a mayores. Las otras dos se acercaban cada vez más a la perla, que hacía mayor resistencia al viento.

Mientras tanto nuestro escritor disfrutaba su café en vaso de cartón sin dejar de cargar su peso en la fachada del edificio. La segunda de las astillas rasgó la bandera nacional del quinto piso. La perla tocó en un vidrio nuevamente y emitió un sonido ligero y cristalino que llegó al oído del escritor a únicamente 6 metros de distancia, haciendo en ese único instante que la canción se interrumpiera. Él volteó hacia arriba bruscamente y dejó caer algo de su café en la manga de su saco, lo cual provocó un movimiento involuntario de la mano, alejando el vaso de café a la derecha, colocándolo en justa posición para que la perla cayera dentro.

La tercera astilla cayó al piso en ese mismo momento, rompiéndose en mil pedazos, y asustando a un gato que como reacción se enredó en las piernas de un gordo que cayó a los pies del escritor. Este lo ayudó a levantarse y, tras las fórmulas de educación esperadas, el gordo siguió su camino. Había dejado su cartera en el piso y nadie entre tantas personas lo notó. Cuando se hizo un espacio entre los transeúntes, el escritor la vio y la recogió inmediatamente. Volteó hacia todos lados pero su dueño ya no estaba. Instintivamente como cualquier escritor de sangre caliente, abrió la cartera y comenzó a revisar su contenido mientras la canción tocaba un ritmo acelerado y contundente.

Sacó un fajo de billetes grandes, observó los números de serie de los billetes y los tiró al piso; ninguno era interesante. La identificación se la regaló a un niño que pasaba, sin siquiera haberla visto. El condón del compartimento secundario lo guardo en su bolsa. Fue tirando, una a una, todas las tarjetas, credenciales y calendarios que aparecían de los dobleces de piel de la billetera y ahí fue donde encontró esa extraña medalla que parecía representar a un ser entre humano y animal, entre macho y hembra, entre demonio y ángel, y que tenía una inscripción que, aunque en letra pequeña, claramente decía: “TODO ESTÁ EN TUS MANOS”.

Le gustó la medalla, la colgó de su cuello, se sintió listo para partir. Llevaba el vaso en la mano y el café se enfriaba, pero no lo suficiente para tomarse el resto. La perla descansaba plácida en un medio muy parecido al vientre materno. Era una perla natural que se había formado hace años de una forma singular: en cierto momento y lugar de altamar, un hombre de edad mediana caminaba por la proa de un barco pesquero y sintió ganas de orinar, lo hizo sin remordimientos ni precauciones. Sorpresivamente sintió un dolor agudo e insoportable. Estaba arrojando una piedra que tenía casi un año en su vejiga, y casi se desmaya. La pequeña piedra (que él sintió del tamaño de un balón de fútbol) cayó al agua para sumergirse hacia el fondo del océano, tras un proceso de tres meses, ya que las corrientes no solo no la

dejaban llegar hasta abajo, sino que la alejaron aproximadamente dos mil quinientos kilómetros de donde había tocado la superficie del agua. Justo antes de fundirse con el arena, dio un giro brusco incrustándose en el interior de la ostra que le daría su nueva y lujosa forma.

Curiosamente el hombre que se había despojado de esa molesta piedra, era el abuelo de nuestro escritor. De una u otra forma ambos, el escritor y la perla, habían llegado al mundo por el mismo conducto, pero nunca lo sabrían. Bueno, la perla al caer dentro del vaso algo intuyó, sin embargo no se puede decir que lo haya sabido.

El escritor emprendió el camino quitando su apoyo al rascacielos que se tambaleó imperceptiblemente, y dejando atrás los billetes, tarjetas de crédito y demás contenidos de la billetera, además de cierto asomo de tristeza que en realidad no tenía una razón aparente de existir (como cuando uno tiene una contracción del párpado que nunca llegará a ser un tic nervioso). La perla se encontraba feliz y repentinamente se vio en un medio diferente y más oscuro. El escritor sin darse cuenta se la había tragado al vaciar el contenido de su vaso.

Conforme bajaba por el esófago, la perla comenzaba un nuevo viaje a las profundidades; como habiendo reencarnado con cierta consciencia de que en su vida anterior había sido piedra renal. Al caer en el estómago conoció a seres extraños de los cuales aprendió lecciones invaluable, sin embargo las dos historias que más le marcaron fueron las de la quesadilla de huitlacoche con requesón, y la papa al horno con relleno de tocino y champiñones a la pimienta.

La primera le contó cómo una espora había conocido a una mazorca de maíz y había surgido entre ellos el amor a primera vista. Decidieron vivir juntos y amarse tiernamente durante toda su existencia, sin embargo con el paso del tiempo, las cosas cambiaron. La mazorca se había vuelto irritable, caótica y violenta, ya que se había convertido en drogadicta. La espora al no poder aceptarlo trató de salvarla repetidamente, generando una codependencia de la cual ya no podía salir. Se sentía tan adicta a su posición y obligación de redentora como la mazorca a la droga. Su fusión fue tal que la espora se convirtió en hongos que poco a poco envolvieron a la mazorca, dándole una nueva personalidad. Cambió su color, su aroma, su forma e incluso su composición molecular. La espora nunca más fue espora y la mazorca nunca más fue mazorca.

Lo que llamó mucho la atención a la perla es que a pesar de tan destructiva relación, su experiencia dio lugar a una sustancia que sería totalmente alimenticia para un tercero que nada sabría al respecto. No es que se alimentara de una experiencia ajena para no reproducirla en su vida personal, si no que se alimentaba a otro nivel y sin conexión alguna con la desgraciada historia de desamor de la que espora y mazorca habían sido víctimas. La perla aprendió que la cosa más negativa y desagradable de la

vida, finalmente también puede ser un alimento muy nutritivo para quien sepa aprovecharlo.

La segunda historia, contada por la papa al horno, se desenvolvía en un campo fértil del bajío... un momento ¡los jugos gástricos estaban consumiendo a la papa! La perla trató de salvarla pero no había manera. Si bien ella era inmune a los líquidos de digestión humanos, carecía de medios que le permitieran tal proeza. La vio burbujear hasta consumirse. Sus palabras burbujearon al igual que los champiñones y la pimienta... Todo estaba tan claro como el agua de tamarindo, que también era parte del proceso digestivo. Así comprendió que por más que la naturaleza de un ser sea totalmente diferente a la de otro, acaban siendo alimento de una u otra forma. Nada se salva de alimentar otra forma de existencia.

Sus cavilaciones continuaron mientras ella recorría el intestino delgado y luego el grueso, que después la llevarían a otro conducto de salida del cuerpo humano, donde no sería doloroso para nuestro ya casi olvidado escritor. Hagamos justicia y regresemos a él, pues la perla por su lado siguió por los drenajes y volvió a su medio natural después de un tiempo: al mar.

Su nombre era corto también, se llamaba A, y esto nunca le conflictuó en realidad, pues para temas conflictivos en su cabeza, era suficiente el corto de su pene. Su padre le habían dicho que el tamaño no importaba, pero eso era una mentira. Todos sabemos que si algún hombre te dice que el tamaño no importa, es porque lo tiene chiquito; era de esperarse siendo su padre; que quisiera consolarlo y que le hubiera heredado esa condición.

Después de tan larga canción con la que su naturaleza se miraba confundida, pero dándose cuenta de que no era suficiente para terminar con su problema más serio, decidió dar por terminado el día. Como todo en su existencia, le dio un final corto:

FIN